

LAS ESTRATEGIAS

El concepto de tierra es una de las cuestiones que los tratados sobre las corridas de toros, al parecer, han descuidado exponer de manera completa y clara para el entendimiento común. Muchos autores, es un hecho, incluso lo citan para que conste. En primer lugar, es confuso porque la palabra terreno se ha aplicado a cosas diversas. Se utiliza para dividir geográficamente la arena en tres zonas concéntricas, llamadas *tablas*, *tercios*, *medios*, que permiten identificar en cualquier momento de la corrida los sectores de las barreras, el medio, o el intermedio a los dos anteriores. Algunos autores quieren ver un terreno de hombre y un terreno del toro en la forma ideal de dos círculos tangentes que tienen como centro, uno la ubicación del hombre al comienzo de la *cita*, el otro el toro. El punto de tangencia sería el límite que el hombre no podría cruzar sin carecer del espacio necesario para la realización de su paso y, por lo tanto, sin incurrir en un grave peligro. Si esta teoría tenía sentido en una época antigua en la que tolerábamos a distancia y completamente desde el frente, la forma en que Belmonte acertaba esta distancia y, más cerca de nosotros, el "toreo" de perfil parece haberla relegado al rango de hipótesis puras. Es en esta aceptación, sin embargo, que debemos entender la expresión *pisar el terreno del toro*, siempre utilizada para designar el hecho de que un hombre se acerca muy cerca de la bestia para provocarla. Del mismo modo, se dice que un toro corta el suelo (esp: *cortar el terreno*) cuando tiene una marcada tendencia a caer sobre el hombre, o la expresión "corregir su suelo" se usa para el hombre que, después de un pase donde el toro ha permanecido muy cerca, toma el campo retrocediendo unos pasos para preparar el siguiente pase. También es la consecuencia de la falta de *mandar* y, si la cosa se repite, un defecto feo y antiestético del hombre. En realidad, la cuestión de los lanzamientos tiene un aspecto mucho más general, que podría presentarse de la siguiente manera: tan pronto como sale del toril, en pocos segundos, el toro ha reconocido la arena y ha elegido un punto de apoyo donde se siente fuerte para desafiar a sus oponentes. A decir verdad, no se limita a ella. Sale cada vez que ve a un hombre a su alcance. No necesariamente regresa a él después de su carga, *pero tiene una necesidad instintiva de sentir el camino hasta este punto libre de cualquier intercepción*. Ahora bien, la ejecución de cualquier pase presupone que el hombre provoque, en el momento decidido por él, la carga de la bestia. Si se desliza entre este último y dicho punto, se expone a que ella se vaya inesperadamente, para despejar su línea de retirada y barrer todo lo que tiene delante. La capa, la muleta se convierten entonces en instrumentos inútiles. Tampoco se puede hacer la indicación en sentido contrario. El torero se encuentra exactamente en la situación de un piloto cuyo avión ha perdido velocidad, sus controles pierden todo apoyo en el aire. La *cogida* (literalmente en español: tomar al hombre por la bestia) es entonces amenazante. Como regla general, el hombre debe estar ubicado en el suelo debajo del toro, en relación con su punto de apoyo. Es el terreno del hombre, siendo el terreno del toro el que separa a este último de su punto de apoyo y que está más allá de él en relación con el hombre. La mejor ubicación del hombre es, en última instancia, la línea divisoria de los dos campos. Allí, el toro siempre está ligeramente sostenido afuera por este tipo de magnetización creada por su instinto de seguridad. *La*

posición estratégica, así elegida por el hombre, maximiza su acción táctica en el cuerno opuesto.

Especifiquemos de inmediato que en español el punto de apoyo se llama *querencia* y que la atracción hacia él se designa con la expresión *tener querencia por...* seguido de la designación del lugar. El conocimiento de *las querencias* es absolutamente crucial para el combate. Lo difícil es apreciarlos. Cambian según la naturaleza de la bestia y, subsidiariamente, según los detalles de la construcción de la plaza de toros, o los incidentes derivados del propio curso de la corrida de toros. El toro valiente tiene como punto de apoyo el centro de la arena. Este es un fenómeno tan normal que no hablamos de *querencia* en el centro -aunque la realidad es la misma- y que mantenemos la palabra para puntos de apoyo distintos al centro. Cuando el toro está en el centro, ya sea al comienzo de la carrera o cuando regresa incidentalmente, puede ser atacado desde cualquier lado. Su terreno se reduce a un círculo estrecho a su alrededor. Gracias a un avance del toro, o atrayendo a este último al cabo, se encuentra ubicado en una posición donde se definirán los respectivos terrenos del hombre y la bestia. Esta distribución obligatoria de la tierra es la única razón por la que los toreros siempre toleran desde detrás de la barrera, independientemente del sector de la arena donde se coloquen. El hombre se pone en el campo del toro solo en circunstancias bien definidas o cuando siente la necesidad, para la ejecución de ciertas "suertes", de acelerar la carga del animal. Es el caso de las parejas de banderillas, distintas de *quiebro* o *sesgo por fuera* (con un animal arrinconado en la barrera) que aterrizan sin desviarse de la línea divisoria. En las parejas llamadas al *cuarteo* o poder a *poder*, a la verdad las más comunes, el banderillero se presenta primero en el suelo del toro porque es necesario que la bestia se precipite muy rápidamente. Pero es cuidadoso, describiendo un ligero desvío al final de la carrera, para volver a su propio campo para plantar las banderillas y salir sin ser perseguido. Del mismo modo, en la estocada, como es importante que el toro haga un movimiento hacia el matador, este último puede colocarse en el campo de su oponente, si lo considera demasiado pesado y piensa que esta estratagema lo estimulará. El riesgo es entonces mayor. Así murió Manolete frente al toro "Islero" de Miura en Linares, el 28 de agosto, 1947. Il sigue siendo una especie de paso muleta en el que la noción de terreno se pierde por un momento. Estos son los que se hacen "en círculos" con la mano derecha o izquierda. Uno de cada dos, el hecho al regreso de la bestia, coloca a esta última en el campo del hombre. Pero como los pases están muy vinculados y el toro muy "incrustado" -según la expresión de los profesionales- pierde, por poco tiempo, la noción de su punto de apoyo. Todavía es necesario tener cuidado de terminar el pase de la serie para finalmente volver a ponerlo en su campo. La más mínima parada un poco prolongada de la bestia, durante la serie, animará al torero a suspenderla, aunque signifique volver a empezar más tarde, en su punto de partida. Este *toreo redondo* es aún más meritorio si se hace con la mano izquierda, porque la espada no agranda el señuelo y la muleta cuelga "naturalmente", ofreciendo así una superficie más pequeña de la tela a la atención del oponente. Finalmente, los pasos se llaman *cambiadas* porque implican un cambio de terreno en el proceso. Se trata, principalmente, de las antiguas *largas cambiadas arrodilladas* que hoy ocupa Luis-Miguel Dominguín, y el *cambio* con la muleta plegada, devuelto a la moda por Antonio Bienvenida. El torero, colocado en la línea divisoria de los dos campos, presenta primero el señuelo como si quisiera dar la salida al toro en su propio campo. Luego, a plena carga del animal, lanza el señuelo hacia la salida natural de este último, es decir,

hacia su punto de apoyo. Estos pasos tan brillantes, porque enderezan en el último momento el curso del viaje de la bestia, serían inconcebibles con un uso contrario del terreno. El toro bravo puede tener, además, una *querencia* secundaria. De hecho, casi siempre tiene uno: el toril del que salió y que da acceso a los *corrales* donde vivió los días previos a la carrera. Además, los toreros lo consideran como el terreno del toro, cuando se acerca a él, y se cuidan de evitarlo. Pero es probable que la bestia tome otra *querencia secundaria* : un lugar donde ha derribado un caballo, una mancha de sangre, una sombra proyectada sobre la arena. Chicuelo relató que en Arles (Francia) las antiguas arenas romanas estaban dispuestas de tal manera en su tiempo que determinaban tres *querencias naturales* . En un extremo de la pista el toril, en el otro la puerta de los *corrales*, en la ocasión separada del toril y, en el medio, la sombra cortada en la arena por la torre que remata la fachada principal del circo. Y añadió, con alegría, que merecería al matador un triple sello, ¡ya que la dificultad que encontró se multiplicó por tres! El arte del hombre consiste en tomar conciencia de las *querencias* de los toros tan pronto como las indiquen o cambien. Se puede sentir por la forma en que la bestia te aprieta a medida que pasa. Los españoles luego dicen que "pesa". La expresión tiene casi una fuerza gráfica. Por lo tanto, es prudente medir de un vistazo rápido la nueva distribución de los campos para mantener todo su control sobre el oponente. El toro de valentía inferior o físicamente débil, ya sea por falta de fuerza o por exceso de picas – debilidad moral y debilidad física que conducen al mismo efecto, – tarde o temprano busca el apoyo de la barrera. Tenderemos a hacerle perderlo atrayéndolo más al centro de la arena para tolerarlo. Pero si este proceso no daba el resultado esperado, cambiaríamos de terreno con el toro. Es decir, sería tolerado en el sector de la barrera, dejándolo como suelo lo que originalmente era el del hombre y, tomando para sí, el terreno externo al que el toro ha renunciado. El conocimiento del hecho de que el toro tira hacia fuera (literalmente: tiende hacia afuera, es decir, el centro de la arena) o *tira hacia dentro* (literalmente: hacia adentro o la barrera) es una noción de importancia primordial para el hombre, se entiende bien. Ignacio Sánchez Mejías confesó, en privado, que sus famosas parejas de banderillas *al sesgo por dentro* (plantadas entre toro y barrera) y sus pases muleta sentados en el *estribo* o escalón de la barrera, solo fueron tentados por él con los animales no tirando hacia adentro. Y, sin embargo, ¿estaba equivocado? – fue en un pase sentado en el estribo que, el 11 de agosto de 1934, el toro "Granadino" de Ayala lo recogió para herirlo mortalmente en Manzanares. Los españoles tienen una palabra muy expresiva para designar al animal cuyas intenciones están bien definidas. Lo llaman claro (claro). De lo contrario, se declara dudoso (dudoso). El toro totalmente desprovisto de valentía o *manso* no tiene *querencia bien marcada* . Por eso es difícil de tolerar. Huye e intenta escapar, lo que lo lleva a caminar por la arena en todas direcciones, a moverse alternativamente hacia la barrera, hacia las puertas y hacia el toril como para encontrar una salida. A lo sumo, uno puede, en la línea de su fuga hacia uno de estos puntos -en español el viaje natural o viaje natural del toro- aprovechar su velocidad adquirida para hacerle un pase aislado. La estrategia general del juego está prácticamente cancelada. Las banderilles de feu, es decir, cargadas de petardos, nunca han corregido los *mansos* y, por el contrario, les enseñan a dar golpes de cuerno en todas las direcciones. Por lo tanto, su abolición en 1950 está justificada. Las banderillas negras que se ponen hoy, en su lugar, además de enfatizar siempre por su color la culpa hecha al criador, tienen la ventaja de que armados con un hierro más profundo sangran ligeramente a la bestia y la debilitan,

tomando parcialmente el lugar de las picas que el *manso* no habrá tomado. Lo peor que se puede decir en España de un torero no es que tenga miedo. Los españoles, gente muy valiente, tienen una frase familiar aplicada por ellos a las peleas de la arena como a otras circunstancias: ¡el miedo es gratis! Y es verdad. Los matadores, como Rafael El Gallo, Chicuelo o Cagancho, tenían, en el colorido lenguaje de los profesionales, un "coraje muy medido", y los pánicos, donde a menudo caían, no les impedían hacer grandes carreras. La crítica final, otorgada a un torero, es que no conoce el terreno que pisa (esp: *no sabe el terreno que pisa*). Vicent Charles, el inglés cuyo entusiasmo lo llevó a convertirse en "novillero" en 1950, mostró, por ejemplo, una persistente incapacidad para tomar nota del problema. Los niños españoles aprenden, desde los doce años, a distinguir las querencias de los animales, o más bien se les enseña, no en la plaza de toros ciertamente, sino en mataderos, en las pequeñas *plazas de tienta* de las granjas o en campo abierto, donde sea que tenga lugar el aprendizaje. Es una costumbre a la que muchos aficionados y toreros se prestan a la formación, especialmente en las llanuras de Andalucía, entre Sevilla, y el mar, a lo largo del Guadalquivir. Una bestia, preferiblemente una vaca de pelea, se separa de la manada para perseguirla a caballo y derribarla aplicando la pica a la grupa (esp: *derribar*). Tan pronto como se ha levantado, el animal deja de huir y se enfrenta al hombre, mientras tanto desmonta de su montura con una capa o muleta en la mano. Allí, no hay más barrera, toril o centro. Uno tiene para cualquier horizonte sólo una extensión verde, un arbusto, un río. Y, sin embargo, la bestia tira suavemente hacia un punto que se descubrirá que corresponde a un bebedero, un rincón de sombra o el sitio de la manada. Las *querencias secundarias* desaparecen. El eje, sobre el que la bestia se defiende y lucha, persiste con una nitidez atenuada, pero muy sensible. Además, la tauromaquia nunca es más que la transposición a un campo cerrado de los juegos milenarios de los campesinos con una raza especial de animales a su tierra.